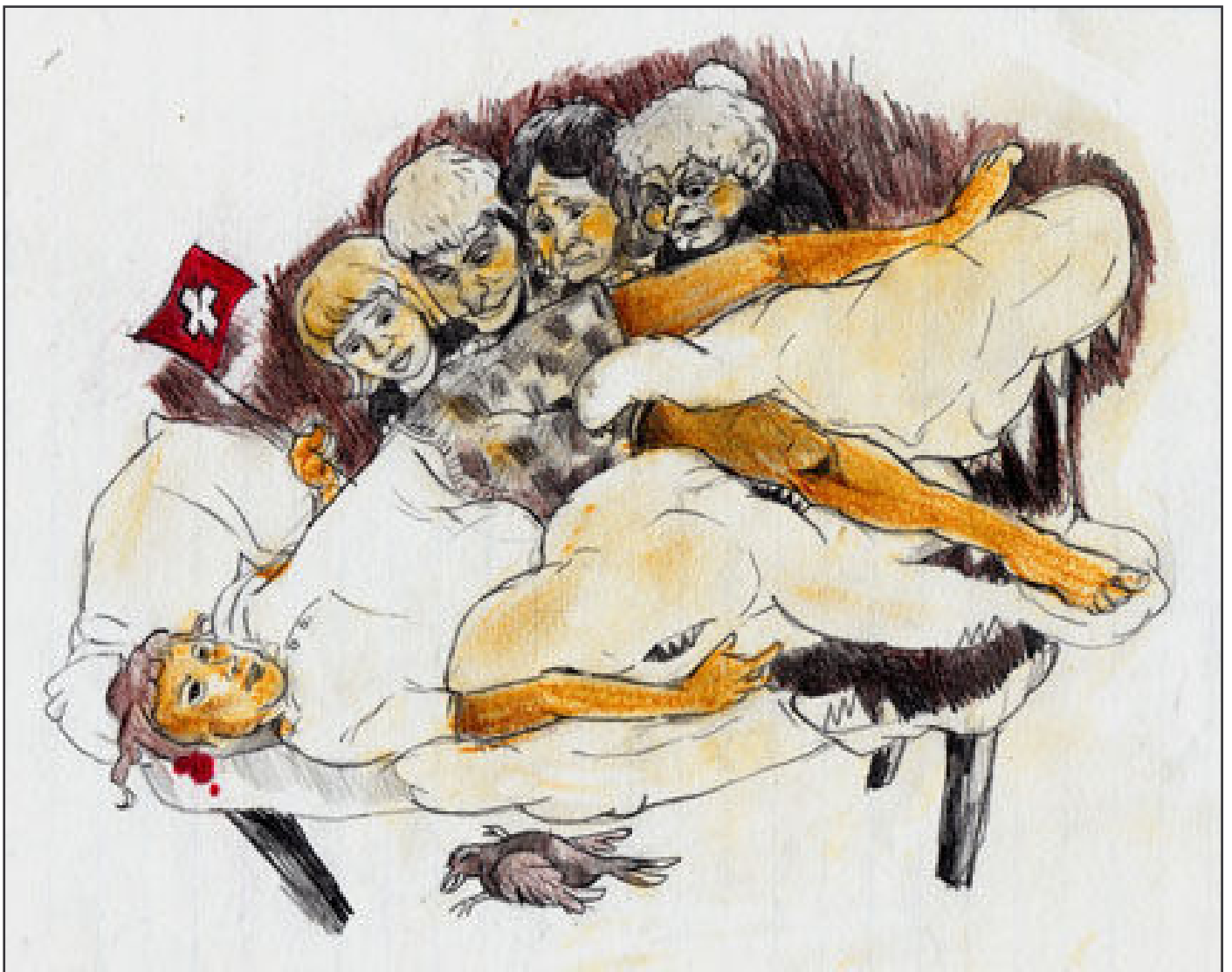


# Le lit *o el estado de golpe*

Julia García Orive



**Le lit o el estado de golpe**

**@ 2007. Julia García Orive**

**@ 2007. Eolo Dreams S.L.U.**

**Portada: Julia García Orive**

**Edita: Eolo Dreams S.L.U.**

**Web: [www.casaeolo.com](http://www.casaeolo.com)**

**e-mail: [info@casaeolo.com](mailto:info@casaeolo.com)**

**Reservados todos los derechos.**

**Se autoriza la difusión y reproducción de esta obra, siempre que se respete íntegramente su contenido y se citen expresamente el autor, la editorial y la fuente donde se puede descargar ([www.casaeolo.com](http://www.casaeolo.com))**

## 1. La cama es un hoyo

Lo primero que noto desde que recuerdo que noto algo después del apagón es que las sábanas tiran de mí. Se han amarrado a mis piernas como si no fueran todos los pliegues partes de la misma cosa, y se me endurece la espalda al resbalar sobre el colchón. Por lo que me parece sentir, tengo las manos posadas junto a cada costado, pero ya no las muevo. Y los ojos se dirigen hacia el techo como los de un enfermo horrorizado con una operación a pecho descubierto. Esta expresión la copié de la criada, cuando la escuché describir mi estado después a los otros. Pero mis ojos apuntan hacia arriba porque estoy tendido. Si estuviera de pie volvería a derrumbarme.

Las sábanas, el edredón entero tiran de mí y siento cómo la cabeza se me desprende de la almohada y la fuerza que me desplaza viene de tan cerca que el miedo ya es pánico. Quiero encogerme y sujetarme a la madera de la cabecera pero sencillamente no puedo.

Ya me he preguntado si esto es un sueño, pero tengo la carne de gallina y las sienes me gotean. A nadie me dejará llamar mi garganta seca, y cada nombre que podría gritar es un trago de saliva. O un grumo en el esófago. Jamás escribo porque odio escribir pero, qué estoy diciendo... Amo, amo escribir, lo hago ya mismo, veo mis propios pensamientos como caligrafía en el aire mientras se me tensa el espinazo y noto que se me llevan hacia el centro de la cama. Es una energía poderosa. Viene de no sé dónde, me chupa las fuerzas, las invierte y las utiliza contra mí.

Cuando el cuello se me ladea acierto a ver la depresión que hay a unos centímetros de mis rodillas. Es como una boca en mi cama que se

está tragando las sábanas allí donde aún no hay pies. He perdido mis pies, no siento mis pies. La angustia de morirse debe ser incluso más dulce que esto, porque yo sé que la cama se me está tragando y que no voy a morir, pero siento un horror específico y los músculos del pecho se me han tensado tanto que podrían ser piedras presionando mis pulmones.

Respiro y me circunda un aire caliente que huele a enfermedad y a través del cual puedo oír casi mis propios latidos, y el roce lento y rasposo de mí mismo sobre la tela. El olor quiere devolverme recuerdos, carraspeo mientras me imagino mi cerebro moviéndose dentro de mí para encontrar en su memoria qué ha podido pasarme. Pero cada esquina de la habitación se me desploma y mis manos inertes son una historia, el pelo grasiento arrastrándose detrás de mi cráneo es otra, mis pies en pendiente otra más, y hay demasiado de qué ocuparse...

## **2. Soy un paseante sospechoso**

Espero pacientemente a la policía.

Una señora de unos sesenta años ha abierto su ventana al verme sentado en las escaleras frente a la puerta del edificio. Me ha preguntado en alemán qué estoy haciendo aquí. Pero antes ha dicho “hallo” tres veces. Tres veces antes de que me diese por aludido, y se asoma con mucha soltura desde la ventana del que yo llamaría el segundo piso. Mi cogote se alza encapuchado a la vez que ella olvida cerrar la boca y levanta una ceja.

Le he contestado en alemán, sin errores gramaticales, si había algún problema. Ella cambia al francés para seguir insistiendo.

*-Est-ce que vous cherchez quelqu'un?*

Puedo ver si la policía viene por mí porque el ventanal de la entrada al edificio es enorme y refleja toda la calle. Ahora se marcha un autobús y el culo comienza a humedecerse mientras sigue nevando.

Acabo de darme cuenta de que la vieja está tomándose fotografías con una réflex. Creo que apareceré sonriendo.

Un poco antes de pararme en estas escaleras he saboreado la alegre sensación de conseguir por fin sentirme un poco libre. De hecho, me creía invisible paseándome por este barrio silencioso, sin tropezarme con nadie. Ni siquiera con árboles. Todos esos humanos con los que convivo me han despertado una traicionera necesidad de olvidarme de seguir siendo lo que consideran un completo descarado. Pero yo acababa de dejar desvanecerse y hacerse nada la necesidad de que en esta vida todo haya de tener un sentido que yo pueda y deba entender.

Precisamente ahí está el conflicto de la vieja consigo misma. Hablo un alemán claro y la primera vez que sale a la ventana le pregunto varias veces qué problema tiene. Menea la cabeza después de que se eternicen los segundos mientras me resisto a largarme.

Tan sólo me mantengo mirándola con una sonrisa abierta incapaz de enamorar a señoras poco acostumbradas a cambios de planes. No ha comprendido absolutamente nada. Y cuando he vuelto a mi cuaderno de notas me ha preguntado si vengo de Estrasburgo. Estrasburgo. Debo tener acento de Estrasburgo. Ojos de Estrasburgo.

Está llamando por teléfono y mientras habla me mira de refilón y asiente. La policía puede venir por mí. Aquí espero.

Debo reconocer que ni siquiera he creído que valiera la pena gritarle a la vieja por hacerme una foto sin su permiso. Posiblemente crea que soy algún tipo de terrorista y que por eso llevo la capucha calada hasta las cejas. Posiblemente le esté sudando el culo dentro de

su apartamento con calefacción de primera, pero el mío es un auténtico sorbete de nalga helada. Sigue nevando y yo quiero tentar a la suerte.

Ahí mi reflejo. La calle vacía y, de vez en cuando, una espía en la ventana. Sigo escribiendo conforme imagino hordas de policías abalanzándose sobre mí como si fuesen un equipo de rugby formado por musculosos clónicos, que me arrojan escaleras abajo, noqueándome con rapidez, eficiencia y precisión suizas.

Y después aparezco en los periódicos. Cortesía de la fotógrafa aficionada.

### **3. Escena de llegada a la casa**

Lo primero que debió percibir Sandra es lo mucho que se habían ensanchado mis mandíbulas desde la última vez. Noté que se forzaba a sonreírme y a mí me hizo gracia que le volaran los ojos sobre mi cara tres años más vieja y como me pesaban las maletas como dos muertos las solté de golpe y eso también la sobresaltó. Luego le di la mano y también su mano era como una rebanada de mantequilla, como sus labios al hablarme, su temblequeo mantecoso al silabear y su mirada, que ya me dejó quedarme arriba.

Además de eso, en estos tres años ella no creció ni un centímetro y yo crecí once. Mis mandíbulas de tiburón depredador la asustaron inconscientemente porque ahora gozaban de una perspectiva mucho más propicia para un ataque en picado.

Caminamos en silencio hasta su casa - ¡Estoy en Suiza! - hasta que se puso a fingir una conversación por teléfono. No estoy seguro de que sea cierto pero eso también me hizo reír y lo adapté para mi historia.

Su madre me tendió la mano muy cordial cuando nos salió al paso al entrar en la casa. Una de esas casas extranjeras que parece que sólo existan en las películas, con el nombre de la familia rotulado en un trozo de madera colgado en la pared y escaleritas a la entrada, y un banco que nadie usa salvo el perro cuando está aburrido.

A su madre le dieron igual mis mandíbulas, pero Sandra seguía fijándose en mí mientras nos dábamos la mano.

Si yo le daba miedo sólo podía decirle que me dolía la espalda del peso de las maletas y que tenía la vejiga a reventar. Pregunté dónde estaba el lavabo y allí dentro me vacié, y me lavé la cara y me miré en el espejo. Era, por cierto, un baño muy elegante. No tenía ni idea de que Sandra hiciera sus cositas en un retrete tan pulido. Qué afilados pensamientos. Allí fuera seguía esperándome. Cuando salí mantuvimos nuestra primera conversación. Siguió asustada todo el tiempo, arrepentida desde el primer segundo de haberme invitado a pasar todos esos días a su casa.

Yo me tendí en la cama que llamaron *ton lit* con tanta fuerza que tuvo que quejarse. Me levanté, alisé el edredón y miré por la ventana.

#### **4. Recordar al otro. Desconocernos**

El paisaje no lo era todo, yo se lo dije a Sandra y ella miró al horizonte. Para ella soy un chico y eso me convierte en, incondicionalmente, más insensible. Añadido a la carga que ya represento, por no resultar lo esperado, supongo.

Me despierto más temprano cada día y después no tengo más fuerza para dormirme. Después las facturas las voy cobrando poco a poco. Hoy he roto el cuenco donde la abuela de Sandra había dejado preparada la masa para el pan. Eran las cinco de la mañana y no he

podido reunir el valor suficiente para agacharme y recogerlo todo. Con el sonido del cuenco al romperse he tenido bastante. Antes de volverme a la cama me he quedado unos segundos erguido y serio contemplando la cerámica pintada de blanco brillando esparcida por el suelo. He pensado que bien lo puede recoger cualquiera que aparezca por la puerta y no yo, porque yo padezco de insomnio y ya es muy duro no pegar ojo como para, además de eso, tener que malgastar mi energía en una hora tan crítica. Este pensamiento me ha hecho sonreír y al darme la vuelta es cuando me he encontrado de bruces con la vieja.

En pijama, todo lo alto que soy en comparación con su arguellada pequeñez, y justo colocado donde la leve luz de la farola de ahí fuera entra por la ventana y se proyecta soy tan sospechoso que no duda ni un segundo. Qué hará la vieja despierta a estas horas, me pregunto. Ella probablemente piensa lo mismo y me fustiga con su francés incomprensible. Me quiere bien mal y lo sé, y ahora que he roto su vasija de cerámica y he fastidiado el proceso del pan desearía molerme a palos. Desde que me la presentó Sandra como una mujer delicada, supe que en realidad la atravesaba una fuerza de la que no se podía desentender y que la hacía montar en cólera y la cólera se le reproducía dentro, como lombrices empachadas de azúcar.

Me encontró riendo frente a su creación destrozada. Eso pudo definitivamente con ella y creo que le gustó que no hubiera nadie más allí porque se sintió muy libre para tratarme mal. Le brillaban los ojos de felicidad al saberse sola y capaz. Yo me mantenía rígido y mirándola fijamente mientras continuaba desgañitándose en susurros y me maldecía, y agitaba sus brazos. Creo que fue algo catártico para su espíritu.

Esta escena me visitó un segundo después de que Sandra hubiera mirado hacia el horizonte muy seria, por decir yo que el paisaje no lo es

todo. Las montañas se elevaban como tapices a lo lejos, las cumbres nevadas y las faldas de un tono casi grisáceo y difuso debido a la distancia.

Claro que era muy bonito. Suiza es demasiado bella para que pueda atender siempre a esa belleza con la misma intensidad. También quería divertirme en algún otro lugar, entre unas buenas cuatro paredes. Ir a algún sitio. Conocer a alguna chica más animada que Sandra...

No dije nada, y sé que Sandra esperaba que dijera algo, pero si pensaba que soy un chico y que por eso soy menos sensible, voy a castigarla dándole la falsa razón. Me gusta tener las mandíbulas tan exageradas porque cuando me río para mí mismo me imagino que debo parecer malísimo.

Debía ser éste nuestro tercer día juntos y yo ya sabía que Sandra estaba tan decepcionada conmigo que no habría dudado en hacerme desaparecer si hubiese podido. Sin embargo, nos esperaban largos días juntos. Larguísimos se habían vuelto ya, justo desde que nos miramos en la parada de autobús y resultó todo incómodo.

Me pregunto cómo de monstruoso se presenta uno ante sí mismo cuando pasa un buen tiempo haciendo lo que le parece normal y pura costumbre. Tan apenas, diría yo. Porque yo no tenía la sensación de ser tan monstruoso antes.

Pienso en cómo Sandra se obligó cada una de las primeras mañanas a acompañarme y a pasear conmigo por los alrededores. Es demasiado diplomática como para renegar de un invitado. Y al hablar así de duramente pienso que es posible que al principio incluso tuviera sus dudas y que quizá confiase un poco más en mí.

Un día, me parece que el segundo, vino a mi cuarto después de que hubiera estado pensando obsesivamente en una pelea que mantuve con un imbécil de mi curso. Antes de que Sandra tocara a la puerta había estado abrazado a la almohada, tendido en el suelo, retorciéndome sobre ella como si fuera mi contrincante en la lucha. Me faltaba una buena pieza potente de música de orquesta, pero igualmente fue muy liberador imaginarme que volvía a pillar al idiota de mis memorias y cansar mis músculos.

Cuando Sandra tocó me puse de rodillas y todavía tenía sujeta la almohada con las manos, como si fuera mi escudo, o mi amante.

-Sí. – Dije.

Entró tímidamente y se sorprendió de verme en el suelo. Sus suelos, lo que cambiaba todo.

*-Est-ce que tu veux du thé?*

Me pareció una pregunta muy absurda de repente, y sacudí los hombros. Debía tener la cara roja, las mandíbulas contraídas.

*-Qu'est ce que tu fais?*

Volví a sentirme sospechoso de algún crimen. Esto tenía que acabar.

*-Je viens de faire mes exercices de liberation d'énergie.*

Lo que tuve que traducir directamente del español: He estado realizando mis ejercicios de liberación de energía.

Puso una cara muy rara.

*-Tes quoi?*

-Mis ejercicios de liberación de energía.

Preguntó para qué.

-Para liberar energía.

Y luego preguntó si eso lo tenía que hacer con una almohada en el suelo.

Yo fruncí el ceño como si fuera yo quien no entendiera y decidió callarse. Ella habría dicho que yo parecía recién salido del corazón de la jungla y que no tenía ni idea de cómo comportarme en sociedad.

Seguramente quería decir algo así como “haz lo que quieras”, o “mis suelos son tus suelos” pero, dicho con simpleza, le resultaba demasiado extraño. Lo más incómodo es que conocíamos la cara y la voz del otro pero, en todo caso, era lo poco que parecía quedarnos. Una vaga sensación de creer saber quiénes éramos, pero en realidad no tener ni idea.

## **5. El bosque es allí donde el personaje se encuentra consigo mismo**

Un absoluto problema y además sin resolver el que me fui a rumiar por el bosque. Despertarme cada vez más pronto me hizo ganarle la partida a la vieja: Las cuatro de la mañana. Me hacía especial ilusión salir por la ventana igual que en las películas de adolescentes, pero me sentí demasiado legañoso y también un poco enfermo. No tengo motivos para negar que me apestaba el aliento a alcohol y que posiblemente eso mismo me había hecho despertarme todavía antes. Qué cerca quedaba la nariz de mis reflujos. Sonaba casi a alarma.

Al tiempo que reconocía algunas de las debilidades de mi persona, detecté el silencio que ya empezaba a conocer bien de la casa a oscuras y el de todos los durmientes. Las imágenes de Sandra tocándome a la puerta y después apareciendo de medio lado se entremezclaron con mis deseos de saltar por la ventana. Pero estaban tomadas de trozos de

hacía tres o cuatro horas, mientras bebía en mi habitación. Ahora me parecía que mi cerebro se había asegurado de no perder ese detalle y lo barajaba entre otros muchos pensamientos, como si la cara de Sandra fuera apareciendo entre las cerezas y las campanitas de una máquina tragaperras. Resoplé un poco. Mi cuarto día allí y ya me parecía totalmente imposible complacer a Sandra.

Me puse el abrigo y luego me olfateé a mí mismo. El pelo me colgaba de la cabeza y la cabeza se sostenía sobre un cuello que aguantaba no sé bien cómo. Salí de la casa caminando todo lo sigilosamente que pude, pero me golpeé con la esquina de algo y el dolor llegó a mi pierna dormida de una forma tan extraña que me pareció que estuviera sintiendo una transferencia del dolor de otro.

En la calle el aire era mucho más frío y cuando cerré la puerta con cuidado me vino a la mente la sensación de estar aprovechándome de todo ser humano que estuviera respirando entre aquellas paredes, o al menos, de llevarle la delantera, aunque no supe bien por qué, y me marché caminando sin más cuidado girando en torno a la casa y dirigiéndome al bosque. Todos los personajes de mis historias acababan en algún bosque, y traté de imaginarme por qué. Ahora era algo consciente, y me reí un poco de que tanto alcohol en la sangre resultara ser el motivo. Pero no había que olvidarse de la inercia. Me gustaba mucho la inercia. Me dejé conducir por ella, y si le hubiera preguntado a Sandra dónde habita la inercia, si en uno mismo o si viene por nosotros, habría vuelto a sacarse los ojos para mirarme bien de cerca sin tener que acercar su cara a la mía.

Para llegar al bosque había que cruzar un campito y entonces el terreno se abría. Podías tomar la dirección de las casas desperdigadas que más allá hacían calles, o torcer a la derecha hacia las montañas y meterte entre los árboles-telón.

Convertido en un personaje más hice lo segundo y la pierna había dejado de dolerme para entonces. Me alegré de poder saborear en mis carnes qué suponía ser una de mis creaciones y encontrarme paseando entre árboles y matorrales negros a las cuatro de la madrugada.

Además apenas me acordaba de mí mismo en mi cuarto hacía tres horas. Es cierto que había perdido cierto porcentaje de sensibilidad en piernas, brazos, cuello, olfato y mis ojos hinchados parecían metidos a presión en las cuencas. Casi oía su humedad al abrirlas y cerrarlas rápido. Pero el aire frío se llevaba el olor a alcohol, casi traspasaba la carne y me vaciaba las venas evaporándolo. O es lo que me parecía a mí.

Pasear por el bosque en circunstancias tales siempre desencadena algún suceso fuera de las expectativas del paseante. Está bien. Como autor que soy, dejo de comportarme inocentemente para estar un tanto al tanto de lo que pasa. Pero estoy dentro de la escena, así que no pueden, ni aun ahora, que han pasado los días, quitarme la ilusión de ser un personaje del más auténtico nivel. El bosque era por entonces la expresión de lo desconocido y de lo que todavía queda por expresar. Por eso los personajes suelen lanzarse a sus terrenos en fases drogadas, enfermas, o especialmente receptivas, como en estados de sueño, o de lucidez mental.

Me parece que soy el primer borracho que se larga a merodear por el bosque, pero me sentí orgulloso de completar la lista y me acuerdo que eso me hizo reírme en voz alta.

Conforme pensaba todas estas cosas, una especie de optimismo de almidón iba rellenando mi cuerpo flojo. Pero flaqueé al darme cuenta de que para ser entendido como un personaje dentro mi historia y mi condición era necesario explicar en qué circunstancias me encontraba y eso pesó de pronto mucho. Aparentemente seguí caminando con garbo, pero fue como si Sandrita y toda su familia hubieran salido a la ventana

y estuvieran gritándome cosas a la vez. Demasiada presión. Quizá por eso estaba en el bosque.

El gran bosque, el escenario en el que el personaje se encuentra consigo mismo.

En mi caso, estaba aún borracho y todavía no sé con cuántas ramas me tropecé y lo que me desvió eso de posibles ideas geniales. En cualquier caso, me sentía bastante más feliz que intentando ocultar mis rarezas o mis ganas de chupar el cuchillo después de acabar con la carne a la hora de la cena.

Sonreí otra vez al pensar en la frase “el salvaje regresa a casa”. Sandra me estaba convirtiendo en un monstruo y me encontré orgulloso de serlo. Después reconocí que quizá era solamente una defensa ante el rencor.

Caminé por el bosque sintiendo muy extrañamente que una extensión de mis propios ojos me seguía desde detrás y otra desde arriba, así que, sintiéndome observado, creí que cada decisión a la hora de tomar recodos y caminos tenía mucho más valor. Puedo decir que transformé la inercia. O le sorbí toda la indiferencia que contenía y la escupí a un lado.

Supongo que esto tiene algo que ver con la idea de convertirse en el juez de uno mismo, pero también con la idea de que exista un juez. Pero no un juez malvado y censor. Simplemente, algo así como un supervisor, o quizá me gustaría más usar la palabra reportero. Un recogedor de lo que voy siendo, un anotador. Todas estas cosas se me ocurren ahora después de que terminen de germinar las que por entonces se fueron metiendo en tierra. Cada uno de mis pasos era un suspiro elegante de la familia adormecida dentro del hogar. La embriaguez engrandecía mi felicidad, posiblemente sonreía continuamente y cuando creía que sonreía, sólo estiraba aún más los

labios. Me sentía poderoso por estar despierto mientras todos dormían, por haber vencido al insomnio improductivo. Y sin derramar ningún cuenco de camino a la libertad.

No quería contar cuántos días quedaban todavía por delante, ni en Sandra, ni en su refinado padre haciéndome preguntas sobre cine a la hora de la cena. A decir verdad, no sufría demasiado porque estaba aprendiendo a afinar mi sensibilidad, volviéndola paradójicamente más resistente, con una corteza alrededor.

O todo esto me lo parecía con el alcohol burbujeándome en la cabeza.

Es difícil medir el tiempo cuando se camina solo por el bosque, todavía borracho, y está todo tan oscuro. Y normalmente llega un punto en el que la inercia frena y yo con ella y me conduce a casa, o desaparece, porque a casa sé y deseo llegar. Esta vez estaba tan ebrio que por momentos se me olvidaba que tenía que dar la vuelta. Sabía que debía encontrar la casa, pero esas palabras pasaron a significar que después de un rato caminando me plantaría frente a la fachada de Sandra y en la nocturnidad volvería a colarme en mi cuarto. Ahora me acuerdo de cómo funcionaba mi cabeza. Al menos me consuela pensar que no perdí mi objetivo de vista.

Lo que pasó al cabo de unos cuarenta minutos de camino creo que fue una de las tantísimas posibles versiones de la misma cosa. Cuando me presenté ante el padre de Sandra el primer día pensé que yo había sido llamado a molestar a ese señor. Tenía la piel sobre los párpados tan alicaída que los tapaba completamente. Y el pelo blanco y la nariz muy prominente, apuntando directamente a mi frontispicio, el blanco aún más blanco que su pelo.

Aunque me miró muy intensamente como si estuviera contemplando orgulloso la elección de amistad acertada de su hijita,

noté después que quizá no estaba tan orgulloso. Reconozco que ya no estoy acostumbrado a sentarme a cenar como un miembro más de una familia, y que me resultó especialmente difícil mantener la espalda recta, los codos por debajo de la mesa y aguantar tres minutos con el plato humeante delante de la cara hasta que todos pudieran empezar a comer.

Oh, claro que conocía las reglas, pero el problema se quedaba pegado ahí donde no quería tener que ponerme a escarbar. Era demasiado fatigoso hacer los honores. Cuando me emborraché en mis dependencias brindé con un muñeco que fabriqué juntando cojines y vistiéndolos con mi ropa. Y me cubrí con las cortinas que la madre de Sandra tenía pensado coser y hablé mucho tiempo en español en voz alta y, todo esto, sentado en el suelo.

El muñeco no tenía cabeza pero yo lo emborraché igualmente, y los cojines que se desplegaron le dejaron el cuerpo lleno de bultos y cayó redondo antes que yo.

La diferencia fue de unas cuantas horas. Y la lástima es que no me acuerdo especialmente de cómo ocurrió. Más bien tengo en mente las circunstancias en que me desperté en el bosque: tendido en el sueño, apoyado sobre la nuca y la boca completamente abierta y seca, un brazo a cada lado y un extraño peso en la frente. Cuando me toqué me dolió tanto que contraje la cara y los chorretones de sangre reseca casi crujieron.

Y después la vista se enfocó y me enteré del motivo por el que había despertado. Allí delante de mí estaba el papá de Sandra, vestido con unos pantalones blancos y una camisa en un día resplandeciente, sobre un escenario en el que los árboles eran verdes otra vez. ¡El sol sobre las copas!

Le miré con una mano en la frente, con los ojos cegados por la luz y un hipido se me escapó de la boca casi al tiempo que recordé por qué no estaba en mi habitación.

Me levantó del suelo enfadado, tirando de mi brazo libre y me habló en un francés cochinamente ágil. Se iba quejando de lo mal que olía y de lo preocupados que habían estado y dijo muchas cosas que no entendí, pero me daba igual. No tenía ni idea de cómo me había hecho la brecha de la cabeza pero dolía de allí hasta el cielo atravesando cien mil ramas, y me sentía demasiado mareado como para caminar al ritmo de *monsieur*.

De vez en cuando se detenía para esperarme, y no volvió a tocarme un pelo, creo que casi más por rechazo que por respeto. Yo sólo quería meterme en la cama y olvidarme de que existía algún mundo, o un algo fuera del calor de las mantas y de la oscuridad en mi cabeza.

Tropezando y a duras penas regresamos a la casa y me puse rojo cuando me encontré con la madre de Sandra esperando en las escaleritas de la entrada y dijo que Sandra y el vecino habían salido también a buscarme, y que eran las doce de la mañana. Mientras me limpiaba la herida osé mirarme al espejo y entonces me preguntó cómo me lo había hecho. Me dijo en francés:

-¿No te habrás peleado con alguien?

La brecha justo nacía donde nace el pelo y era toda una línea roja oscura abierta y pegajosa que escocía tanto que si alguien hubiera querido examinarla habrían tenido que sujetarme entre varios para que no me retorciera. Me mareé con la visión de mi propia frente ensangrentada, y para mí fue como si de pronto dejara de tener pies y estómago y las manos fueran sólo cosquillas en alguna parte. La madre de Sandra se levantó y me sujetó desde detrás. Y sus manos en mi

espalda fueron lo último que puedo recordar antes de la escena en la cama.

He reconstruido mi historia en el bosque por pura diversión. Me he imaginado infinitas posibilidades y utilicé este argumento para escabullirme de realidades aburridas.

Sandra sonrió un poco más dulcemente, y eso lo percibí, cuando me recuperé de mis fiebres, pero para entonces yo ya no tenía cabeza y no reaccioné como creo que ella había esperado. A veces me daba la sensación de que sólo quería que la abrazasen, pero después se volvía tan fría y tan rancia que empecé a intentar no sentarme más a su lado a la hora de la cena.

Verdad es que desde el momento en que me restablecí pero perdí el peso sobre los hombros y mis perspectivas sobre mi viaje a Suiza se desviaron bastante.

Principalmente el tiempo dejó de ser lo que hasta ahora venía siendo y se convirtió en algo muy aparatoso y a la vez muy aliviador. Todo dependía de cómo me dejaran utilizarlo. Perdí la noción de las horas que transcurren y según les oí decir podía pasarme el rato haciendo alguna cosa sin cansarme, sin sentir hambre, o tener la impresión de haber hecho algo cuando en realidad sólo había debido pensar en ello.

Sandra un día se atrevió a preguntarme qué sentía dentro de mi cabeza.

Dijo, ¿cómo te sientes aquí? Y se tocó la sien con dos dedos.

Yo la miré un rato y recuerdo que se fue de la habitación y me quedé sentado sobre la cama, que ya no tenía agujero, y ni vibraba ni nada parecido. Después volvió y me dijo que la cena estaba preparada. Habían pasado cuatro horas y media.

Según lo que me estaba pasando y lo que Sandra me intentó explicar, que no sé hasta qué punto era coincidente, había perdido parte de mi sentido del criterio. Ella nombró la palabra sensibilidad, y me molestó. Apreté las mandíbulas.

He reconstruido mi historia en el bosque por pura diversión. Empecé a hacerlo porque se me comía la curiosidad. Pero después se convirtió en una especie de estrategia de fuga, y ahora voy a contar una de mis versiones favoritas.

Sandra me dijo que yo le resultaba muy curioso pero inútil. Luego me preguntó si tenía ganas de volver a casa y a mí se me pasó por la cabeza la palabra tortura. Estábamos en el jardín de atrás, y su abuela estaba cosiendo sentada cerca de la puerta. Yo había estado escribiendo en los cristales con el dedo, pero cuando lo hice era todavía de noche y yo no lo recordaba. En el momento en que Sandra pronunció la palabra inútil y a mí me visitó la palabra tortura la abuela giró la cabeza y se le encendieron los ojos. Sandra se volvió hacia ella y se quedó mirando con atención mientras la vieja se levantaba y comenzaba a borrar con el dorso de la mano el rastro de dedos en las ventanitas.

Sandra y yo estábamos subidos en un tubo enorme que había sido cualquier cosa hacía tiempo y que se empezaba a oxidar. Cuando uno lo inclinaba con el peso del cuerpo hacia un lado, el otro tenía que compensar para no venarnos abajo. Se me ocurrió pensar que lo que hacíamos era una especie de juego de cooperación y de adversarios a la vez. Pero Sandra perdió toda su concentración con la abuela restregando el codo por la cristalera, y perdió también el equilibrio y bajó de un salto. Arriba me quedé yo, sosteniendo el tubo con las piernas separadas. Me recordé a una mangosta africana.

Mientras Sandra se alejaba dejándome ahí para hablar con su abuela volví a reflexionar sobre sus palabras. Me acordé de su expresión al decirme que yo era curioso pero inútil. Morritos franceses alrededor del sonido. El flequillo rubio de personaje de cómic a un lado. Inútil. Guau, debía haber absorbido mucha fuerza los últimos días para ser capaz de una transformación así. Inútil. Me llamó inútil.

Naturalmente que no me afectó. Por entonces yo ya no veía las cosas como antes. Quizá mi percepción alterada también me hizo ver a Sandra más fuerte. O quizá Sandra por nada del mundo era fuerte y aprovechó mi presunta debilidad para llamarme inútil. Y ahora que lo pienso, entender cómo los demás me veían desde sus ojos siempre será un misterio que no me siento capaz de resolver. Que no puedo.

Me di cuenta de que Sandra sonrió un poco mientras su abuela no podía verla, y yo seguía subido al tubo oxidado ahí donde el jardín acababa. Habría necesitado a otra persona que viniese a torcerme el cuello para que dejara de mirar en esa dirección. Sandra se giró un momento como para comprobar que yo seguía allí. Después se puso a hablar con su abuela y creo que la convenció para que lo dejara ya. Todo el polvo de las ventanas se lo habían comido sus mangas. Me parece que también la consiguió convencer para que no viniera a decirme nada. Nieta agarra a abuela del brazo limpiador y estira dos veces, la tercera, un poco más fuerte. Anciana me mira desafiante desde lo que considera su territorio. Sigo subido al tubo pero eso no me da el poder de un cura en el púlpito o un profesor en la tarima. Simplemente mantengo mis piernas en tensión ahí donde ya estaban.

No sé leer los labios y menos cuando se mueven tan aprisa y silabea francés. Pero seguí imaginando y lo que imaginé fue una conversación como la siguiente.

-Nieta mía, cómo conociste a ese condenado.

-Abuela, os he dicho a todos que este ser del infierno antes tenía ojitos de cordero.

-A los corderos yo los aso.

-Ay abuela, no digas eso mientras te mueves tan raro, que me das miedo.

-Yo no soy tu abuela ogro, no te olvides.

-Pero si yo no he dicho eso. Pero ahora te digo que dejes ya de pegarle golpes al cristal. Abuela, ¿me oyes?

-Aún no me he quedado sorda, queridita. Y dime de una vez de dónde has sacado a ese demonio. Me he decidido. Mañana voy a sacar la sogá del baúl de tu padre.

-¿Qué sogá?

-Ah, tú aún no la conoces, pero yo sé bien dónde la guardo. Mañana al alba, lo vamos a colgar. Míralo. Me giro y, ¿dónde lo encuentro? Subido ahí mirándonos con esa cara de... de energúmeno. Es un energúmeno. Hijita mía, perdona que te lo pregunte otra vez, ¿pero de dónde le has sacado? ¿Y le viste sangrar? Tenía la sangre más oscura y más espesa que he visto en toda mi vida. Y tengo ochenta y cuatro años. Ochenta-y-cua-tro. Y lo vamos a colgar.

-Lo vamos a colgar.

-Lo vamos a colgar, lo vamos a colgar. Te lo digo muy en serio. De niña ya vi un colgado. Un hombre que se había portado mal.

-Abuela, cállate.

-Y cuando tu madre lo arropó en la cama empezó a vomitar otra vez. Qué olores, hija mía. Ese chico se había comido un demonio. Entre Claude y tu madre tuvieron que sujetarle el pelo, e inclinarlo para que no devolviera encima de las sábanas limpias, que por cierto no se

merecía. Cómo se le tensó el cuello, Sandra, y cómo se cimbreaaba. Pero mañana cuando lo colguemos bien tieso se nos va a quedar. Observa.

Y la abuela continúa limpiando la ventana.

Saboreo la divertida incertidumbre de lo que puede significar el silencio de ambas. Se me ha olvidado incluso por qué se afana en limpiar los cristales. Veo el cogote de Sandra y su cuello débil, y su culo prieto, toda su figura de espaldas, de pie y en tensión. Sin embargo yo mantengo la columna arqueada y casi no me doy cuenta de estar aún levantado. A veces olvido dónde diablo se apoya el peso de mi cuerpo y en cuanto me doy cuenta viene el episodio del equilibrio que se va. Segunditos antes de tambalearme me sobreviene una dulce sensación de no necesitar hacer ningún esfuerzo para sostenerme erguido, y justo cuando comienzo a recordar qué viene después ya estoy en el suelo. Y es raro cuando me empiezan a doler partes del cuerpo que por momentos había dejado de sentir que tenía.

## **6. El estado de golpe**

A la hora de la cena, que debe ser cosa de la quinta o la sexta, aunque esto no lo pensé en ese momento, la conversación que me imaginé entre anciana y nieta se me ha inyectado en el cerebro y pincho trocitos de patata mientras secciones de palabras como cortadas junto con la verdura van apareciendo por encima de la conversación de la mesa. Tengo la cabeza inclinada sobre el plato y eso me hace parecer tímido y quizá un tanto rebordenco. Sé que a veces Sandra me ha puesto la mano en la frente y me ha hecho erguir la cabeza para que mi nariz no toque con la comida. Pero no sé cuántas veces.

Hoy Claude cena con nosotros y me mira como si no pudiese darme cuenta. Es extraño cómo los ojos ven también incluso cuando

están fijos en otra cosa. Los míos, en estas patatas mezcladas con pedazos de palabras que hablan de ir a colgarme al día siguiente. Pero Claude piensa que estoy totalmente loco, y él también salió a buscarme la mañana que todos despertaron y yo faltaba en mi cama, y ahora quizá se alegre de no haberme encontrado él.

Claude tiene unas bonitas y finas mandíbulas y una nariz que parece ser el eje de todo concierto en su cara. Me parece que también tiene nuestra edad, aunque no podría asegurarlo y mucho menos ahora. Desde que me di el golpe tengo que economizar en mis incursiones por los rostros de la gente. Es incluso peor que enfrentarse a un revuelto de verduras. Ya no sé bien cómo era antes, pero estoy seguro que no tan fatigoso. Para mí las caras han dejado de funcionar como una sola cosa, y tener en cuenta a todos los elementos que se mueven y se tensan y se destensan dentro de ellas me es ya imposible. A veces me pierdo en una nariz y todos mis esfuerzos por entenderla me hacen desatender lo que están haciendo los ojos, o la boca, o puede también ocurrirme que mientras escucho comienzo a preocuparme porque siento que no me está llegando suficiente información sobre el papel de las orejas, o del pelo que crece en el cogote, y se me antoja tan importante que acabo por desconcentrarme.

No se lo he explicado a ninguna de las personas que hay sentadas a la mesa. A veces me pregunto si yo solo soy capaz de sentir que algo extraño me pasa o si lo he aprendido gracias a Sandra y a lo raro que me miran todos. Cuando quiero pensar en la separación entre un estado y otro y límites de tiempo mis pensamientos se embarullan todavía más. Cierro los ojos para evitar que las verduras, las palabras viejas, los ejércitos de narices y los pensamientos abstractos me avasallen todos de vez. Es curioso pero no me siento triste. Simplemente reacciono.

Cerré los ojos durante mucho tiempo. Empecé en la cena, y fue una defensa, he de admitir. A veces me ocurre que no presto atención a todas las posibilidades, y me convierto en devoto de una sola. Y en esta ocasión me pasó algo muy extraño, pues entré en un estado que jamás había visitado ni despierto, ni dormido, ni borracho. Después de cerrar los ojos para evitar ver cosas que mi cerebro tuviera que nombrar y procesar, simplemente no volví a abrirlos. No sentí que hubiese un momento en el que mi tiempo de ojos cerrados debiera agotarse. Y con el telón negro irrumpí en una calma tremenda y poco a poco empecé a dejar de ser consciente de tener oídos y eso hizo que las voces fueran sonando cada vez más suaves, hasta no existir más.

Es aburrido tener que decir todo el tiempo que olvidé esto y también lo otro. Eso lo sé ahora. Pero por aquel entonces no podía estar tan seguro de lo que percibía y lo que, al tiempo, estaba dejando de tener en cuenta. Cuando cerré los ojos en la cena no pensé que fuera a incomodar a nadie. Creo que momentáneamente me centré tanto en el placer que me convertí en un puro centro receptor de sensación y eso me hizo olvidar que seguía integrado en aquella pequeña mini sociedad en Suiza.

Y, obviamente, ellos se preocuparon.

Sandra me dijo que me había zarandeado tan fuerte que lo siguiente habría sido pegarme una bofetada para que abriera los ojos. Pero no lo hizo.

Eso dice. Yo no tengo recuerdo alguno de haber sido zarandeado. Todavía me cuesta más pensar que debieron medio arrastrarme hasta mi cama. Y aunque no esté muy seguro de por qué, debo comenzar a estar al tanto de esta nueva vulnerabilidad. Tengo que hacer verdaderos esfuerzos por entender que a veces estas personas, en realidad desconocidas, me cogen de las axilas y de las corvas y me elevan y me

llevan de aquí para allá sin que yo me dé cuenta. Cualquier día podría mirarme por accidente una rodilla y encontrarme una moradura. Sin siquiera tener que despertar sudando en la sorpresa. Es el problema. Vivo en un estado de excesiva sensibilidad y al tiempo excesiva aceptación. Podría soñar con vacas azules con motitas rosas y después creer que todo es contenido de la más estricta realidad.

Cuando cerré los ojos automáticamente cancelé otros motores como el habla, el oído, el apetito, y provoqué a la familia de Sandra. Creo que fue entonces cuando empezaron a tomarse mi actitud de verdad como una molestia, y Sandra, a pesar de no gustarle yo, me observaba con unas mejillas muy rojas y muy preocupada. Desde que recuerdo que empecé a oír me preguntó por qué no contestaba. Todo indica que llevaba un buen rato preguntándolo. Me rogó durante lo que pareció una eternidad. Quería saber por qué había cerrado los ojos. El revuelto de verduras volvió a mi cabeza y me miré los pies para saber si estaba de pie o estaba sentado y evitar caerme al suelo. Estaba sentado en la cama. ¡Me habían traído a la cama! Me debí quedar muy serio mirándome los pies, desenfundado de mis zapatillas, que, por una vez, tenían los cordones sueltos.

Oía otra vez, pero quería recordar el trayecto desde la cocina hasta mi habitación y eso me volvió muy ceñudo y la voz de Sandra volvió a quedar lejos, lejos.

Me parece muy curioso que antes del golpe mi cabeza siempre quisiera quedarse despierta el máximo tiempo posible y que, después, cayese constantemente en estados de lo que llamé apagón. No tenía por qué caerme sobre la mesa roncando, mi mente tenía sus propias estrategias para alejarme de cualquier cosa, en teoría, cercana. Me había caído de cabeza por el agujero de mi cama y ésa ahora era mi referencia. A lo mejor mi razón para no asustarme mucho cada vez que

volvía al mundo en casa de Sandra y me daba cuenta de que habían estado pasando cosas mientras yo creía que mis pensamientos no ocupaban espacio en el tiempo.

Una de las veces en que regreso, o podría decir también que la voz de Sandra me arranca de donde estoy y me devuelve a su lado, la oigo decirme que huelo mal. Que quiere que me duche. La palabra ducha en francés la entiendo sin problemas y uniendo el concepto con la expresión de su cara entiendo lo que quiere.

Ahora pienso en Sandra y entiendo su papel de un modo tan diferente... Si tengo que recordarla, no puedo evitar verla sentada junto a mí con las cejas y los labios fruncidos, siempre como si la extranjera fuera ella y no entendiera nada de nada. Dejé de querer empujarla o jugar con su paciencia como al principio. Ya no me pareció que mis mandíbulas le dieran miedo. Me parece que estaba tan cansada del paciente en que me había convertido que eso no era compatible con temerme.

Pero para mí Sandra dejó de ser mi anfitriona y mi amiga. Simplemente no tengo la impresión de haber necesitado que cualquiera de aquellos con quienes compartía el aire me custodiara. Y aun así debían hacerlo.

No ducharme en tres días seguidos no era nada comparado con otras consecuencias de mi chaladura.

## **7. La acción reversible**

Después de mi huelga inconsciente de ojos cerrados sentí mucha hambre, y ya estaba solo otra vez encima de mi cama. Miré a mi alrededor y no encontré nada que pareciera haberse movido de sitio. Me dolía simplemente la espalda por haberme quedado tan recto sentado al

borde del colchón. La imagen de un palo de escoba en el lugar donde debería estar mi fila de huesos se me iluminó en la cabeza. Probé a tumbarme para ver si era un palo de escoba flexible, pero no lo era. Sólo pude dejarme caer de lado, y entonces noté que el estómago estaba de verdad vacío. Y por eso me encaminé a la cocina.

La puerta de la cocina la conocía bien y también el ruido que hacía, porque en mis noches de desvelado siempre la visité y di cuenta de lo diferente que sonaba al abrirse de día, y lo sospechoso que lo era de noche. Esta vez distinguí antes de probar las bisagras las voces de Sandra y su madre conversando dentro. Me quedé quieto con la mano amoldada sobre el pomo de metal, y estaba frío y era desagradable. No sé qué fue antes, si el pomo desagradable, o las primeras palabras que me indujeron a pensar que algo no andaba bien. Me miré los pies para que la sensación del pomo no se me llevara la cabeza por las ramas y tener que mantenerme en pie me ayudó a concentrarme en el presente. Y el presente eran Sandra y su madre ahí en la cocina, metiendo mi nombre una y otra vez entre otras de palabras.

Entendí que la señora quería mandarme a casa. La palabra *malade* fue incluida una y otra vez en unas frases larguísimas y enredadas, y no se me escapó. Discutían. Pero eso no quería decir que Sandra quisiera salvarme el culo.

Miré a mi alrededor y al tiempo que dejé de oír tan bien, me cercioré de que no había nadie en el salón, o bajando por las escaleras. Yo mismo me di cuenta de que por una vez estaba prestando atención a mi entorno. Me mordí el labio inferior y me repetí interiormente que podía hacerlo. Podía concentrarme.

Cerré los ojos casi por inercia y recordé la cara de cada uno de los familiares de Sandra que no había allí, incluido Claude, el vecino. El picaporte había dejado de enfriarme la mano y la mano había empezado

a calentarlo. Un verdadero intruso, era yo. Y sentirme amenazado me puso tenso y, ahora que había hecho un rápido inventario de mis posibles amenazas, me dispuse a seguir escuchando y al tiempo cuidarme de marcharme a tiempo en caso de oír pasos.

La palabra *malade* significa enfermo pero a mí me parece una palabra mucho más tremenda en francés que en español, porque irremediablemente la asocio con perturbación o con algo malvado.

No sé si sentir conmiseración de mí mismo, ahora que vuelvo atrás y me recuerdo allí apostado frente a la puerta de cristales translúcidos, mordiéndome los labios casi hasta hacerme sangre, tratando de entender el francés de aquellas dos que decidían mi futuro y me llenaban de nombres. Ni siquiera con la idea de que me mandaran a casa se me sacudieron las tripas de contento. Por supuesto que debía querer largarme de aquel escenario casi irreal. Quiénes eran todos ellos, ya había dejado de preguntármelo. Incluso Sandra, mi única referencia, se había terminado casi por perder en algún pliegue del pasado y ya no tendía a compararla con la persona que fue antes de mi visita. Y aun así no me picaban las ganas de volver a mi casa a codearme con los muchachos y a tirarnos a la piscina como bestias.

Tampoco podía sentirme desactivado, o aullar que me habían robado el ánimo. Mi explicación a mi manera de ver el mundo encontraba su origen en aquella boca de tela que se me tragó después de desmayarme delante del espejo.

En aquel momento, con los dedos todavía sujetos al pomo, los dientes hendidos en la carne, las voces en francés perdiendo el ímpetu y mi cabeza regresando a la cama devoradora, encontré una posible salida. Abrir el hoyo. ¡Claro! Si no podía ser más fácil que eso. La acción reversible.

El diente acabó por hallar sangre en el labio y su sabor se abrazó a mi nuevo descubrimiento. En ese momento la puerta de la cocina se abrió de golpe desde el interior y me tambaleé hacia atrás.

Era la madre de Sandra y mientras me pedía disculpas me vi perdido en su mirada, y en su deseo, ya no sólo irritado, sino misericordioso, de devolverme a mi casa, quizá pasando antes por un hospital.

Dije que tenía hambre, lo que era muy cierto, y a los quince segundos estaba tomándome un cuenco de cereales con Sandra mirándome desde el otro lado de la mesa.

Esta vez sí que la oí bien, pero mientras me preguntaba cuál era el teléfono de mis padres o de algún amigo mío, preferí seguir masticando. Dando cuerda a mis mandíbulas oxidadas.

## **8. Claude lo intenta**

Justamente la noche siguiente se alargaría tremendamente la lista de invitados en la casa porque habían preparado una reunión familiar a lo grande.

El padre de Sandra me hablaba rara vez, pero me preguntó por la mañana si prefería quedarme en la cama descansando. Mientras pronunciaba cada palabra me fijé en su nariz y se me dibujó en la mente como una lanza clavada del revés y pensé que debía dolerle tanto como me dolería a mí que me clavara su nariz. Como no contesté porque todavía estaba pensando en estas cosas, me exigió que le mirara a los ojos cuando se estuviera dirigiendo a mí y le hice caso, y la madre de Sandra cambió de tema.

Lo que para mí era importante ahora era encontrar el camino de vuelta a través del hoyo en la cama para recuperar mi cabeza. Y eso

empezó a obsesionarme. No dejaba de parecerme extraño que lo que quería encontrar debía hallarlo precisamente en la cama donde dormía cada noche. Pero qué otra cosa podía hacer aparte de tumbarme y esperar que algo ocurriera.

Aquella mañana de sábado fuimos a dar un paseo por un camino natural y continuamente tuve la certidumbre de que se me iba a ocurrir una buena idea. Claude vino con nosotros y volví a darme cuenta de que me observaba. Me pregunté si había conocido a Claude antes del golpe, pero había un buen grumo denso taponando esa vía hacia mis recuerdos. Le miré de reojo unas cuantas veces, casi como una vaca inquieta, y Sandra marchaba a su lado con unos pantalones cortos caqui que me dejaron verle las piernas. Extrañamente recordé a la vieja que me había fotografiado el primer día durante mi paseo y ya no supe si yo mismo me había inventado aquello de que nevaba con fuerza.

Por delante de mí los padres de Sandra caminaban con la cabeza dirigida hacia el cielo, y ese día el sol cegaba a cualquiera.

La sensación de estar a punto de hacer un gran descubrimiento no me abandonaba. Nunca había caminado por aquella senda, que era un camino entre árboles que se desperdigaban en cuanto la falda de la montaña comenzaba a brotar del suelo. Pero ese escenario era mucho más revelador que quedarme cadavéricamente rígido sobre la cama durante horas esperando que el colchón se abriera debajo de mí.

Al fin Claude debió decidirse y me dio alcance y me sonrió y me preguntó “*ça va*”.

Me di cuenta de que estaba aprendiendo poco a poco a poder hablar con la gente sin perderme demasiado pronto. Mi señal de alerta me gritó por dentro “¡no le mires a la cara!” Y el sol me ayudó.

Intenté exagerar pestañeando muchas veces, y a lo mejor esperé mucho a contestar porque se rió nerviosamente y volvió a preguntarme qué tal me iba.

Le indiqué que me iba bien con un gesto y mirándole sólo con el rabillo del ojo. Después volví a pestañear. Estaba sonriendo para hacerme sentir a gusto. Lo que hice fue mirarle a los dientes para intentar imitar su expresión porque no estaba muy seguro de saber sonreír bien, por lo menos de la manera cordial de Claude y de la gente que sonríe para empezar una conversación.

Entonces fue como si Claude hubiera empezado también a querer imitarme a mí, porque su expresión se volvió tan tensa, y casi no aguantaba la sonrisa de estupefacción. Nos volvimos un poco idiotas los dos, contagiándonos nuestras propias sonrisas cretinas y al final él tuvo que decir algo. Y ahí estribó la diferencia.

La salvación de la situación habría consistido en que eso que hubiese dicho me hubiese hecho sonreír de verdad. Pero de momento nadie había dado con el truco. Claude se retiró un poco cansado de intentar ser amable y yo seguí pensando en mi cama.

## **9. Delirio ¿Delirio?**

Estamos sentados a la mesa. Los puestos son los de siempre. La mesa rectangular recibe en uno de sus extremos al padre, a cuyos lados se sientan su mujer y la abuela, frente a mí Sandra, y cuando viene Claude se queda a su lado para que puedan juntar los pies por debajo de la mesa. De lo cual nadie se ha dado cuenta hasta ahora, excepto yo.

Siempre son la abuela o la mujer del señor de pelo blanco quienes cocinan. Suelen traer la comida humeante a la mesa mientras esperamos con los platos vacíos y las manos en las rodillas. Hasta que

me di el golpe no soportaba esos momentos, y todavía menos cuando recibía mi parte pero tenía que aguantarme hasta que todos estuvieran servidos. Consecuencia del clan de impacientes que fuimos siempre en casa.

Pero hoy es distinto. Estamos sentados a la mesa, los puestos son los de siempre, pero no parece que nadie vaya a levantarse a traer ninguna olla. Resulta casi inquietante. Miro a cada lado pero nadie suelta ni una palabra.

El sol brilla y se cuele en casa como lo haría si fueran las ocho de la mañana, me doy cuenta de que a este tipo de luz sólo estoy acostumbrado cuando desayuno solo y todo es silencio.

Debido a que he estado mirándoles a la cara todo el tiempo no me he dado cuenta hasta segundos atrás de que nadie aquí lleva pantalones. Antes de que quiera comprobar si tampoco yo los llevo, se ponen a cagarse en la silla como si se hubiesen transformado en simios, y se rebañan el entreculo con las manos para sacarse literalmente la mierda del recto y luego depositarla en los platos pacientemente vacíos...

Se hurgan con ahínco, impacientados por unos esfínteres lentos, se retuercen en la silla y se acomodan todo el tiempo, irguiéndose, apoyando un pie en el asiento, con los ojos puestos sólo en el tubo de escape.

No digo nada porque contemplar algo así y tener que creerme que es cierto es demasiado extenuante. Veo a Sandra delante de mí llenando su platito de una mierda clara y pastosa, poniéndose roja de apretar, y con las manos sucias, oliéndole a culo hasta por debajo de las uñas, y su mirada nunca se cruzará con la mía porque está realmente ocupada. Los demás comen del mismo plato. Cada uno llena a su ritmo su propio cuenco y sólo en expresiones que duran un segundo me parece comprender que se avergüenzan de sí mismos.

No he dicho nada y no sé lo que tengo que hacer. Claude recoge algo del suelo y ya no me parece que sea para rozarle el pie a Sandra por debajo del mantel. Me quedo rígido y noto que me vibran los pies como si desearan plegarse sobre sí mismos y comenzar mi compresión para desaparecer de allí. La abuela es más lenta que los demás y veo el brazo sospechoso perderse por detrás de sí misma y luego moverse de arriba abajo y necesito mirar a otro lado o vomitaré.

No sé aún por qué no me he levantado. De algún modo algo me une tanto al círculo como me pesa en los tobillos, y es como si ya no existiera ninguna habitación más, sino sólo ese pequeño espacio que nos conduce las cabezas hacia el centro de la mesa. Ya no sé dónde he puesto las manos o dónde las debería poner. Me endurezco. Me vuelvo un cuerpo macizo mientras contemplo la mierda que ha salido de cada quien amontonada delante de sus hocicos. Y entonces me despierto sobre mi cama y desesperadamente busco con el propio cuerpo algún agujero que atravesase el colchón. Desilusionado, trato de relajar los músculos de la espalda y contemplo la blancura del techo, que hace juego con el recién ausentado olor a mierda.

## **10. El pellizco y la paloma**

Mientras ayudé a traer más sillas para la cena el padre de Sandra estuvo buscándome inquieto con los ojos, creyéndome un tonto desentendido, no percatándose de que me había vuelto un experto en detección de miradas ajenas. Aprovechó que nadie, excepto quizá la abuela, podía hacerse cargo de la hostilidad con la que quería hablarme en un momento de distracción general, y me cogió por los hombros, al principio más como si fuera mi propio padre. Después, como el padre de la chica en las películas de adolescentes. Su comentario no podría haber estado mejor adaptado al papel.

-No hagas ninguna tontería, chico.

Traducido al español, que suena mucho más duro. Para mí fue tan absurdo que los músculos de mi cara apenas reaccionaron. Y algo me decía que eso debía frustrarle, así que descolgué la mirada hasta que ya estábamos sentados a la mesa y tuve que saludar y decir *bonne soir* a millones de conocidos de Sandra y su familia.

Desde el principio me sentí confundido, y me intentaba quedar muy quieto mirándome las rodillas, concentrándome en no existir. Pero había dos mujeres justo en frente de mí, que debían de ser tías de Sandra, y no paraban de reírse con vasitos de vino agitándose en las manos y preguntarme tonterías. Una tenía una piel tan bamboleante que cuando se reía y movía la copa la papada le hacía juego con el vino embravecido. Aquello me hipnotizó por instantes y me encontré a mí mismo tratando de desviar la mirada hasta que Sandra me zarandeó suavemente y contestó algo que por lo visto me había sido preguntado a mí. Devolví los ojos a la seguridad de las rodillas, y sentí la mirada de la señora de las carnes colgantes, que me la disparó al entrecejo y me consiguió el dolor de cabeza más profundo de mi vida.

La mesa ahora era el triple de larga y había personas arrimadas a todos sus costados y el enjambre de voces suplió algo brutalmente las primeras palabras de cortesía. Eso me hacía sentirme más seguro, pero entonces alguien dijo algo sobre el amiguito español de Sandra y desde casi todos los extremos de la mesa apuntaron los pares de ojos hacia mí. Esto hizo que brotara una descompensación tan violenta en lo que hasta ahora había sido una atmósfera equilibrada que casi sentí que podría tambalearme si me ponía de pie. A quién podía mirar. A quién podía dejar de mirar. Contestar a una sola pregunta, por idiota que fuera, dependía absolutamente de la remota posibilidad de alcanzar un grado de concentración tan elevado que sólo de imaginármelo me hacía sudar.

Entendí la pregunta, las palabras en francés, casi puedo asegurar que incluso la intención con que fue formulada. Pero no podía soportar aquella tensión y empecé a imaginarme la paloma muerta que había visto esa mañana junto a las bicis aparcadas en la parte de atrás. Seguramente Sandra se puso roja a mi lado e intentó volver a contestar por mí. A la vez deseó que me doliera tanto como le mordía a ella la frustración el pellizco que me dio en la pierna. Y reaccioné. Grité como un becerro, me puse en pie de golpe, y la silla chirrió patinando sobre el suelo. Un tintineo de cubiertos sobre la mesa fue lo último que se oyó sobre el silencio antes de que me marchara zanqueando de la sala.

Ahora ya tenía Sandra cancha para excusarse en mi enajenación mental y poner sobre aviso a la familia al completo sobre el loco excéntrico en que me había convertido.

El pellizco también fue un alivio para mí. Quizá necesitaba un dolor verdaderamente físico que me arrancara de la ilusión pastosa de estar siendo acorralado por miradas extrañas. ¡Esas miradas!

Allí en la mesa los debí dejar mirándose entre asombrados y confundidos, y si alguien se quedó negando con la cabeza y sacado de quicio, yo me dejaría pellizcar cien veces más si dijera que éste fue el padre de Sandra y estuviera equivocándome.

Dentro del campo *tonterías* no sé si entra mi fuga, yo más bien diría que sí. Pero en realidad yo mismo me había convertido a ojos ajenos en un hacedor de tonterías, en una tontería humana, o en la personificación de la tontería misma.

El pellizco ya no dolía cuando salí a la calle y el aire fresco me llenó la boca. Las voces en el comedor se reanudaron, pero al sonido del arrastrar de una silla me escondí debajo del banco de la entrada y me quedé agazapado respirando por la boca y no por la nariz. La madre de Sandra salió segundos después por la misma puerta que yo, pero con

un paso mucho menos decidido. Cualquiera habría dicho que temía que una alimaña horrible le saliera al paso. Pero resulta que, la mayoría de las veces, las alimañas también sienten temor.

Dijo mi nombre con su retintín tan tontaina unas cuantas veces, suspiró y volvió a meterse en su casa, pero no cerró la puerta.

Yo me levanté casi deseando un nuevo pellizco y di la vuelta al edificio a pasos de ciego hasta dar con las bicicletas. Oh, sí. Ahí seguía la paloma, con las plumas tan relamidas ya por la muerte.

Caminando de cuclillas como un fugitivo me acerqué a las bicicletas e hice coincidir mi imagen mental de la paloma y la de ese momento exacto. La tomé entre mis manos con delicadeza, pero la paloma estaba ya dura y no olía demasiado bien si me la ponía un poco más cerca de la nariz. La parte de su cuerpo que había estado en contacto con el suelo se había quedado aplanada, y tenía los ojos cerrados, aunque a mi mente venía la imagen de una paloma muriéndose con las órbitas a punto de saltársele.

En ese momento oí que alguien me llamaba por mi nombre. La voz venía del otro lado de la casa, de la puerta principal de la que acababa de huir. Sin saberlo muy bien, estaba empezando a desubicarme. La recta final estaba a punto de comenzar. Ni siquiera lo deduje pensando que no había sido capaz ni de reconocer por el timbre de voz quién me llamaba. Y tampoco con qué intención. Con la paloma muerta contra el pecho sólo comprendo que alguien quiere encontrarme y que yo quiero desaparecer. Y si la voz sale, yo entro.

Levanté la cabeza hacia el cielo y fue cuando me di cuenta de que el pelo me había crecido demasiado rápido, porque un mechón me hizo cosquillas en el cuello. Eso provocó que quisiera rascarme y se me cayó la paloma a los pies. Es extraño que un pájaro suene como lo harían un pisapapeles o una piedra. Y una de dos, o estaba tan rígida que tenía

que partirse por dentro, o estaba tan rígida que no le pasaría nada. Y así fue. La recogí y después de oír mi nombre unas cuantas veces más y sonido de pasos acelerados me subí de un salto al contenedor y desde ahí, con las rodillas flexionadas, entorné la ventana. Era una ventana que daba a la despensa, y la ventana siempre estaba semiabierta. Al dejarme caer dentro me pareció que hacía más frío que en la calle, pero me concentré otra vez en la paloma que tenía en las manos y se me pasó. Magia.

No sé cuánto tiempo me quedé allí encogido mirando al pájaro cadavérico, escondido detrás de una segunda nevera. Oí más gritos que venían de fuera, pero ya no me pareció que dijeran mi nombre. Y persistía también el rumor la cena en el salón. Por eso me sentí acorralado y aproveché mi suerte de haber ido a topar con la despensa. Por supuesto, para mi modo de ver las cosas, fue tan fácil como quedarme allí con el pico cerrado. Los dos lo hicimos igual de bien, mi ave y yo. No me importaba cuánto tiempo tuviera que pasar allí. De hecho, me olvidé de la edad que tenía y de si había comido o no, pero me dio lo mismo. Sin saber muy bien por qué, la imagen de la paloma me ayudaba a calmar los nervios que llevaban entretejiéndose todo aquel tiempo casi sin que fuera capaz de darme cuenta.

Entre la pared y la nevera apenas había espacio, por ello tenía que quedarme muy encogido, con las piernas dobladas y, sobre ellas, apoyar el peso de la tripa, la espalda encorvada, y las manos a los lados de la cara, frente al pájaro.

Si hubiese abierto sus pequeños ojos en algún momento lo primero que habría podido contemplar habría sido el techo. Igual que cuando yo abrí los míos el día del golpe y después sentí que la cama estaba viva. Pero el cerebro de la paloma era una tarta. Tan aplastado y

endurecido que las plumas se levantaban, como si las raíces se hubieran secado y quebrado casi del todo.

No sé si fue el dolor de espalda o el sonido de las sillas al ser arrastradas y las voces que venían del salón, pero terminé por tener que incorporarme y salir de mi pequeño escondrijo. No había apartado los ojos ni un momento de la paloma, y durante ese tiempo juraría que tenía expresión, que había muerto con criterio.

Me senté encima de la nevera con ella sobre las rodillas y los pies apuntando hacia la puerta. Había mirado tanto tiempo la paloma que al ver ahora la salida de aquel pequeño cuarto me quedé sorprendido.

La puerta. Una rendija dejaba colarse un poco de la luz amarillenta del pasillo. Intenté imaginarme a mí mismo abriéndola y abandonando la despensa para tratar de averiguar qué sensación podía proporcionarme eso. Estiré la mano hacia el pomo, pero obviamente todavía quedaba a unos tres metros de distancia. Entonces deseé abandonar la despensa, a pesar de que los familiares de Sandra parecían llenar cada rincón fuera de allí y pensar en encontrarme con ellos me hacía sentirme más débil.

Salí de la habitación con mi paloma muerta y me encontré en el pasillo que daba directamente al salón y a uno de los lavabos. Me quedé de pie intentando imaginarme otra vez qué pasaría si atravesaba la siguiente puerta, y entonces sentí una presencia detrás de mí que, al girarme, se materializó en una señora mayor que se estaba alisando la falda y que me miraba desde detrás de sus gafas igual que un gato, entre despistado y ofendido. Me dijo algo en francés que no entendí y cuando sus ojos bajaron de los míos por mi cuello, mi camiseta, mis brazos y se toparon con la paloma, se le formaron unas arrugas nuevas en la boca, donde luego se llevó la mano, y parpadeó caminando hacia atrás lentamente hasta que uno de los tacones dio con el zócalo de la

pared y fue entonces cuando gritó. Ni que decir tiene que no entendí absolutamente tal reacción, y no fue aquello, sino lo que aquello generó, lo que me hizo pretender huir. En cuanto la señora aulló en el pasillo, otras tantas voces se activaron allí donde mis ojos ya no alcanzaban a ver. Estaba tan nervioso que durante unos segundos me pregunté si no provendrían también de la boca arrugada de la mujer. Pero el sonido de pasos que se acercaban me hizo comprender que había más personas que querían mirarme y posiblemente gritar al ver mi paloma. Eché a correr y crucé la puerta de cristal que daba al salón, pero torcí para subir las escaleras de tres en tres. Obviamente varias personas me vieron y algunas dijeron algo pero yo ya no podía entender ni una palabra. De hecho, unir una voz con su propietario ya era una tarea demasiado agotadora cuando había tantas personas hablando a la vez.

Ahora entiendo que lo primero que a muchos se les ocurrió es que alguien había atacado a la señora, que era la otra abuela de Sandra, y que en cuanto ella mencionó algo sobre mí y un pájaro muerto reinó la confusión y no supieron qué esperarse.

Para que no te cojan, si subes las escaleras, tienes que hacerlo suavemente, y que así la madera no cruja y los pasos no te delaten. Pero si la señora ya ha gritado y los refuerzos están en camino, no hay otra que lanzarse a la carrera y confiar en la rapidez.

Cuando terminé de subir todos los peldaños sentí que ya había alguien tras de mí. Sin soltar la paloma ni un segundo, sintiéndola tan ligera y tan mía, me refugié en mi habitación y me escurrí debajo de la cama.

Era algo que no había hecho nunca. Me costó un poco porque había unas cajas que no tenía ni idea de que estuvieran ahí y necesité apartarlas a codazos para esconderme entero. Hasta que no toqué la pared con la punta de los dedos y me sentí enterrado por las tablillas del

somier no dejé de moverme frenéticamente. Y eso coincidió en el tiempo con el momento en que la puerta se abrió y dos o tres pares de pies entraron en mi estrecho y agrisado campo de visión. Pero torcí la cabeza y no quise verlos ni un segundo más. La paloma y yo mirábamos hacia el techo. Sólo que entre éste y yo se encontraba mi cama. *Mon lit.*

## **11. Al fin y al cabo un trago es un trago**

Retuve el aire en los pulmones y me concentré en los pasos que se acercaban. La oscuridad habría sido una agradable compañera de haber podido quedarme ahí más tiempo. Pero los pies pertenecían a unas piernas que se flexionaron, y luego ya vino el cuerpo al completo de un tipo que me miró agachado con las cejas en tensión, y había otras dos personas más que no recuerdo tan bien. Eran ojos que me miraban desde la luz y que me habían cazado.

Me hablaron hasta que unas manos llegaron hasta mí y yo las repelí sacudiéndome. No insistieron y por un momento fui feliz al pensar que me dejarían quedarme allí. Pero en realidad habían avisado a Sandra y a su madre, que fueron las primeras personas que me parecía reconocer en tanto tiempo. Casi resultaron un alivio. Sin embargo, recuerdo bien cómo la voz de Sandra altera este corto sosiego. Si tuerzo un poco la cabeza, la mejilla me roza contra el suelo y veo sus muñecas contraídas por la postura. Y su cara oscurecida torcida cuarenta y cinco grados asomada sólo para mirarme. Me ha tenido que hablar tantas veces... para convencerme, para explicarme lo que ocurre, incluso para insultarme o quejarse de mí. Aunque no me gusta Sandra no puedo negar que tenga cierto matiz de heroína. Después de todo yo era un producto de su voluntad. El huésped loco era cosa suya. Y pensándolo bien, si no me hubiese pellizcado en la pierna no habría saltado como lo

hice en mitad de la cena. Tenía que sentirse algo culpable y tratar de devolver la oveja contusionada al redil.

...

Mi conciencia no puede escapar al tono de voz algo áspero de Sandra. No la miro, no la escucho, pero ya soy incapaz de abstraerme como hasta ahora había logrado. Y lucho acariciando a mi pobre paloma rígida como otro cadáver más, encajado en el nicho.

Sandra insistió en que debía salir, y los tacones de su madre resonaron inquietos detrás de ella, y detrás de ellos, los de otras personas que creían que aquello era un espectáculo. No recuerdo haber dicho ni una sola palabra. Era tal mi deseo de ser comprendido que el simple hecho de no hacer nada y quedarme debajo de la cama en silencio, tan sólo sintiendo, me parecía suficientemente elocuente. Además había dejado de entender. Ya estuviera Sandra pidiéndome perdón, echándome las culpas o contándome la mentira más gorda de su vida. Pero estaba atrapado entre la certidumbre de lo que pretendía conseguir y mi intento frustrado de evadirme. Cuando metió la mano por primera vez en mi refugio y me tocó, me agité tan violentamente que me di un golpe en la frente con las tablillas de madera. No me llevé las manos a la cabeza para proteger mi paloma, pero me arrinconé lo más cerca que pude junto a la pared, y Sandra se inquietó.

Seguramente sólo quería tirar de mí y arrastrarme para que saliera, pero me asusté mucho, y me sentí invadido al mismo tiempo que no quería que fuera sino Sandra quien intentara sacarme de allí.

Me imaginé racimos de manos agarrándose a mis costados y estirando. Deseé con toda la fuerza de mi desesperación que la cama volviera a abrirse y me tragara, ahora desde abajo, como abriendo las mandíbulas de su estructura y aspirándome hacia un mundo de sábanas suaves y frescas.

Ahora miro hacia atrás y entiendo algo mejor que el chiflado se les había metido debajo de la cama con un pájaro maloliente y se negaba a salir. La historia sigue con la llegada del padre de la chica que, ante la negativa, metió el brazo y trató de sacarlo por la fuerza. Pero el muchacho, que era yo, se había quedado tan rígido como la paloma que sujetaba firmemente entre las manos, y no hubo quien pudiera moverlo un centímetro.

Me acordé de repente de la noche en que caminé por el bosque, y entonces reviví el momento en que algo me golpeó la cabeza y caí al suelo. Después sentí la presencia inquisidora de aquella vieja que me fotografió desde la ventana de su casa, y acto seguido cómo se me caía el cuenco con el pan a las cuatro de la mañana y tenía que reírme con las mandíbulas batientes.

Todo sostenido por el suelo de madera contra el que me apretaba y bien encajado en una sección de mi cabeza, como encajado estaba yo también, pero que ahora se abría. Manó de mi memoria un raudal de imágenes no troceadas pero absolutamente en desorden. Tenían un extrañamente sabor familiar a tiempos recientes pero a la vez tan lejanos. Y mientras tanto se mordía el padre de Sandra los nudillos, cuando no los usaba para alargarse los dedos y tratar de sacarme de allí.

Y como si todo estuviera predispuesto, momentos después de que se abriera el cajón de mi cabeza de las cosas de antes del golpe, se abrió mi cápsula y vi cómo la cama se elevaba ante mis narices. Primero pensé que se me quería tragar otra vez y la felicidad me atravesó y sentí como si se me quedara oleaginosa en la nuca. Pero la cama cambió de sentido y se desplazó en paralelo al suelo y a mí hacia la derecha, y la victoria se evaporó totalmente al descubrir que entre dos hombres acababan de elevarla y dejarme al descubierto.

Sólo recuerdo presencias, piernas demasiado esbeltas que ocupaban trozos de espacio haciendo que me faltara el aire. Otra vez los ojos estaban inyectados en mi piel, como durante la cena, eran las voces un añadido demasiado extenuante para mi entendimiento. Mientras lo relato tengo la sensación de que aquellos instantes podrían haber durado horas, que cada pisada de cada zapato tenía una repercusión y que, a pesar de ser consciente de aquello, a mí me resbalaba por los costados, y formaba un charco ya enorme y oscuro en torno a mí.

Pero ocurrió todo más deprisa, supongo. La desilusión de que la cama no iba a absorberme me sacudió al tiempo que un terror que me pareció reconocer sólo en parte. Creo que no eran las personas en sí las que me asustaban tanto, sino la situación que se había creado. La persecución terminó por arder y la paloma entre mis dedos ya débiles era algo así como el estandarte de mi chifladura ante todos ellos. Reaccioné tan rápido que tomarme todo este tiempo para explicar mis impresiones casi lo vuelve increíble. Tan pronto como la cama voló sobre mí mi cuerpo se contrajo y me incorporé igual que una criatura arrinconada y herida, y casi cegado acabé por ponerme de pie. Todo eso duró unos dos o tres pestañeos. Después miré hacia la izquierda, y el rectángulo de luz de la ventana se me comió como no había esperado.

Micras de segundo más tarde me caía por el hueco hacia un suelo húmedo que me recibió a pesar de que me pareciera que él se abalanzó sobre mí. Mi paloma se rompió por dentro tras volar por los aires. Esta vez sí. Quedó un tanto apartada y con su parte aplanada saludando hacia arriba, y ya había quien se asomaba a la ventana cuando tuve que cerrar los ojos y sentí que la responsabilidad de mantenerme en pie y sereno había terminado por pasar. Igual, igual que un mal trago.

## 12. Final

He vuelto a mi casa y desde aquí empiezo a recordar, como si mi cabeza y las heridas de mis piernas quisieran sanar al mismo ritmo. Estoy solo escribiendo junto a la ventana y como no puedo caminar me parece que el mundo sólo existe dentro de mi habitación y en el patio interior y el cielo grisáceo sobre los edificios empalidecidos. Me han dicho que antes de que yo llegara siempre brillaba mucho el sol pero yo ya sólo me creo lo que cada día acierto a ver. Aunque sigo cerrando los ojos.

A ratos me acuerdo de Sandra y de su familia y tengo la sensación de que su padre me pegó y tengo que templar mis nervios con píldoras que me han recetado y que no quiero tomar. El primer día que me escondí una en la manga me pareció empezar a soñar a las horas, y sin embargo me di cuenta de que me dolían más los huesos, pero que podía pensar con más claridad. Y pude escribir.

No he recibido la postal que Sandra dijo haberme enviado, pero, sinceramente, me da igual y no creo que a estas alturas vaya a llegar algún día. Desde que tengo que quedarme en la cama casi todo el tiempo el buzón ha dejado de existir. Y esa es una razón muy obvia para entender por qué no espero ninguna postal de Sandra.

Sandra, la heroína de la paciencia perdida, pero con reservas hasta el final. Ya sólo parece un personaje de libro coleteando un poco en mi imaginación. Supongo que tiene un estómago en alguna parte que se estremece aún con la imagen de su invitado abrazado al suelo con las piernas destrozadas. Pero de algún modo ha dejado de existir. Soy incapaz de hacerla volver a la realidad. Y no creo que volvamos a vernos.

Las enfermeras me miran como si supieran que tengo el arte de hacer que las camas se me traguen o las ventanas me aspiren, y pocas veces me dejan solo. Y cuando creo estarlo, en realidad me vigilan

asomadas al marco de la puerta esperando que me decida a arrastrarme como una lagartija coja para consumir mis tendencias suicidas. Pero estamos en un primer piso, y eso es sólo lo que ellas creen que yo haría.

Sé que el tiempo ha vuelto a funcionar como antes. Supongo que no consiste en tener ese enorme reloj colgado en la pared de enfrente, pero seguramente ayuda. Al igual que la comida a en punto y la hora del aseo.

Cuando me aburro tantísimo que ya ni leer me apetece, pienso que partirme las piernas nunca estuvo entre mi planes, y si me concentro como un loco, puedo volver a sentir cómo las sábanas tiran de mí hacia abajo y la cama se me come primero el culo, y luego todo lo demás. Después de tanto esfuerzo, suelo quedarme dormido, y si cuando despierto todavía tengo tres o más píldoras acumuladas en la manga, puedo alargar la ensoñación y arrancar a escribir unas cuantas páginas, lo que me parece un milagro si me acuerdo de lo aburrido que estaba al principio de la operación.

Y, hablando de operaciones, he oído que van a operarme. Ardo en deseos de ver qué va a pasarme en esa camilla. Pero lo más seguro es que la anestesia pueda conmigo.